

El Mediterráneo y el Atlántico. Manuel Vicent dialoga con Juan Cruz

Transcripción de Darío Hernández

El lunes 12 de octubre de 2009 estos dos maestros de la literatura y el periodismo dialogaron sobre “El Mediterráneo y el Atlántico” en el Salón de Plenos del Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, ciudad natal de Juan Cruz, evento organizado por el Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias e integrado dentro de los “Actos Conmemorativos del 12 de Octubre” que esta misma institución viene gestionando anualmente.

Juan Cruz.- Me siento muy bien, porque estoy al lado de ustedes y en un ámbito que quiero mucho: mi pueblo, el Puerto de la Cruz, y, además, al lado de uno de los escritores y de las personas que yo más quiero, un hombre que como bien ha dicho Nicolás Rodríguez trata la realidad frente a frente, como la trataría un cirujano: para intervenir en ella y para curarla. Decía Justo Navarro, querido Manuel, en la crítica de tu penúltimo libro, que “Manuel Vicent es la alegría contagiosa de tener algo que contar y contarlo magistralmente”. Ustedes lo leen en prensa, lo leen en libros, lo leen en sus columnas, lo escuchan a veces en la radio o en la televisión, y habrán advertido que en su categoría de escritor tiene la combinación del hombre que fabula y del hombre que alcanza con medio adjetivo para contar aquello para lo que otros necesitaríamos a lo mejor un baúl de adjetivos. Acaba de ser nombrado doctor honoris causa por la universidad de su pueblo, Castellón. Ha sido dos veces Premio Alfaguara de novela, una vez en 1966, en la Alfaguara de Camilo José Cela, por *Pascua y Naranjas*, y luego, en 1999, en la Alfaguara nueva, por *Son de Mar*. También ha sido Premio Francisco Cerecedo y Premio González Ruano de periodismo por un artículo que algunos de ustedes, los que tengan



Juan Cruz.



Manuel Vicent.

más edad, recordarán, y que se titulaba “No pongas tus sucias manos sobre Mozart”, en el que se narraba cómo se estaba estableciendo el cambio de ritmo en la sociedad, el cambio de lenguaje, el cambio verbal, el cambio político, el cambio sentimental, que rompió una etapa oscura hacia una etapa distinta de la historia de España. Fue Premio Nadal en 1986, con *Balada de Caín*, y es autor de libros memorables, como *Contra paraíso* o *Tranvía a la Malvarrosa*, quizá su libro autobiográfico o de autobiografía de ficción que mejor representa el ámbito en el que él desarrolló su personalidad como adolescente, como un estudiante en Valencia. En definitiva, Manuel Vicent es un viajero; él dice que cuando viaja, como ha ocurrido en esta reciente visita al Puerto de la Cruz, no lleva libros,

porque los libros están en los rostros de la gente. Viaja con una maleta mínima, que yo llamo “maleta zen”. Es novelista, a pesar de que yo siempre, hasta en sus novelas, veo su autobiografía, y es, y no sé qué significa esto, un mediterráneo. Él dice que está harto de que le digan que es mediterráneo; incluso el otro día en un periódico lo llamaban “Manuel Mediterráneo”. Lo que sí es cierto es que es un hombre europeo, de un lugar muy difuso de la vida, que es el encuentro de la vida con el sueño, como si ese fuera su territorio, el encuentro de la vida con el lugar al que acaso algún día ha de volver y donde encontrará de nuevo su identidad, la identidad del origen. Yo por aquí quería empezar, por el origen.

Manuel Vicent.- Bueno, el título de esta charla es amplísimo, nada menos que “El Mediterráneo y el Atlántico”; da para todo, incluso para ahogarse, porque en el Mediterráneo, por ejemplo, hay más poetas y escritores ahogados que pescadores, por supuesto, y que dioses. Los mejores dioses del Mediterráneo están, unos en los museos, y la mayoría en el fondo del mar. El Mediterráneo, ¿qué es? Si Homero levantara la cabeza y viera que Hermes es una marca de corbatas, que Ulises y todo aquel periplo fue para que ahora mismo Ítaca sea una marca de calzoncillos, que Apolo, Zeus, Diana, que todos esos dioses, hoy, si estuvieran viviendo por ejemplo en Suecia estarían todos en la cárcel, porque toda la gente del Olimpo eran tipos absolutamente terroríficos, criminales, porque todos serían criminales de guerra... Josep Pla decía que un escritor se define frente al mar, pues bien, en este sentido decía que Goethe era un escritor detestable, porque la primera vez que vio el mar dijo: “¡Qué espectáculo más impresionante!”. Por supuesto, el Mediterráneo es un mar un poquitín caótico. Toda nuestra sabiduría deriva del caos. Frente al Mediterráneo, el Atlántico es un mar así como muy serio; de hecho, como es bien sabido, es el que alimenta al Mediterráneo. Ese desnivel que hay en el Estrecho de Gibraltar es una fuente de energía: si ahí se hiciera una turbina podríamos tener energía suficiente para abastecer a toda Europa, si ahí se hiciera un dique el Mediterráneo se secaría y lo que aparecería en el fondo del Mediterráneo no serían más que historias que se han perdido, palabras que se han pronunciado y que se ha llevado el viento. A mí siempre me ha preocupado y excitado pensar que todo lo que conocemos de nuestra historia clásica es tal vez el cinco por ciento de todo lo que se ha escrito, de todo lo que se ha soñado, de todo lo que se ha dicho; toda la sabiduría del Mediterráneo, todo lo que se ha hecho y dicho en las ágoras (por cierto, que prácticamente toda la filosofía del Mediterráneo está hecha y dicha y soñada en las letrinas de Éfeso y en las letrinas de Atenas), todos los papiros, todos los códices, todo eso que se ha perdido, y,



Las columnas de Hercules Gibraltar.

sobre todo, todas las historias que se han contado en las esquinas, toda la filosofía que se ha dicho, los principios que se han elaborado y que se han perdido con el viento, eso es exactamente la esencia del Mediterráneo, que es un mar caótico, un mar ensangrentado. Hay unos versos famosísimos que hoy sonarían ridículos si alguien los escribiera por primera vez: "Al mostrarse en el día la aurora de dedos de rosa" (El amanecer), que hacen referencia a ese momento en el que el mar se pone de color de rosa. Bueno, eso es una ridiculez, pero que dicha por primera vez por Homero sonaba maravillosa, igual que cuando dice "el mar del color del vino". Pues bien, ese color de rosa y ese color de vino en el Mediterráneo no han sido más que sangre. El Mediterráneo es un mar ensangrentado hasta el fondo del abismo. Frente a esto, está el Atlántico, que es esa parte boreal desconocida donde tuvo que navegar Ulises antes de poder volver a casa. Es lo desconocido, es el viaje auténtico del héroe, la parte sumergida, irracional, que todos navegamos. El héroe tiene que hacer un viaje. Jesucristo, por ejemplo, entre cosas, una vez muerto tuvo que bajar a los infiernos para poder resucitar. Ulises tuvo que venir aquí para poder resucitar. Bien, esta parte sumergida nuestra, esta parte que navegamos con nuestro cerebro (del cual, por cierto, es sólo visible el diez por ciento, lo demás es piélago, es abismo, dentro de esta molla que pesa un kilo y pico de mucosa), hace que en el Mediterráneo, en el Mar Egeo, se cumpla el principio de individualidad. Los navegantes, lo sabréis si habéis hecho una travesía por el Egeo, nunca pierden de vista un límite, siempre el horizonte está recortado por una isla, por una costa, por un cabo. Por otra parte, debajo de ese navegante, está el fondo del mar, el abismo, lo desconocido. La individualidad, en el hecho de navegar, se produce frente a un límite y sobre el abismo. Entre el límite y el abismo, se ha creado toda la filosofía y todo el individualismo. Por otro lado, aquellos navegantes del Egeo corregían el rumbo porque en la Acrópolis estaba la escultura de la diosa Palas Atenea, cuya cabeza era de oro, y a la salida y a la puesta del sol esa cabeza se veía desde el horizonte y esa luminosidad hacía que corrigieran el rumbo. Esto les puede sonar muy poético, pero en mi pueblo había un anarquista que cuando empezó la guerra y quemaron la iglesia, sustrajo del retablo unas columnas corintias cubiertas de pan de oro y brillantes, un frontón, se los llevó a su terraza y con eso construyó un gallinero. Pues bien, ese gallinero brillaba exactamente como la Acrópolis, como el Partenón, y todos los navegantes que iban por el mar de Castellón veían el gallinero de este anarquista brillando en el fondo de la costa. Al final de la guerra, a este señor lo meten en la cárcel y la mujer va al cura a pedir que intervenga para que lo saquen de prisión, y el cura le dijo que haría lo que fuera, pero que por lo menos quitasen el gallinero. El fondo de todo esto es el Mediterráneo, es el caos y la armonía, pero la armonía dentro del caos; de hecho, el paradigma de la perfección es ese Partenón, en el que no hay ni un solo ángulo recto. Todo el Partenón está construido con ángulos de noventa u ochenta y nueve grados, de forma que esa imperfección lo dota de un ritmo particular. Las esculturas griegas tienen ese punto de imperfección que da el sentimiento. La imperfección es la esencia del arte: el saber detenerse a tiempo, saber el límite. Ese límite que los navegantes ven en la costa y en las islas, traducido a la filosofía, indica que el placer, el máximo placer, siempre está en ese punto ideal antes de traspasar el límite. Traspasado el límite, entras en el reino de Dionisio, que es la orgía, que te crees que ahí, al perder el raciocinio, vas a ser feliz, pero no es así. Los verdaderamente sabios son aquellos que se retiran en ese punto maravilloso antes de pisar la raya. Bueno, pues yo ya me he ahogado en el Mediterráneo. No puedo más.

J.C.- Tú dices en algún lado que Ulises el navegante es creador del individuo occidental. ¿Qué configuraría hoy para ti el individuo occidental, ese hombre que se nutre, como Ulises se nutrió, del Mediterráneo y del Atlántico? ¿Cuál es, digamos, la aventura y con qué valores va ese hombre por el mundo? ¿Es un hombre unidimensional, el mediterráneo ahora es un hombre distinto que el hombre atlántico? ¿Qué es un tipo occidental?

M.V.- Bueno, no lo sé, porque eso es una pregunta muy abstracta. Hoy lo que es evidente es que vivimos en un circo. Estamos traspasados por los móviles, por ejemplo, que te pueden hacer una foto en cualquier lugar. Yo creo que ha habido como unos hitos de la última modernidad, como aquel día de noviembre, cuando mataron a Kennedy, que había en la plaza esa de Dallas un señor que se llamaba Zapruder, que se acababa de comprar una cámara de 8 mm y que enfocó la caravana del presidente que doblaba por la esquina de Elm Street y que de pronto delante de esa cámara pasó la historia. En fin, esa cámara creó la historia. A partir de ese momento, tú eres lo que te fotografían; la fotografía, la imagen, te crea. De hecho, a partir de ese momento, no hay acontecimiento en el mundo (tragedia, hecho feliz, suceso...) que no haya un videoaficionado que lo fotografíe. Pasa muchas veces que alguien (el clásico cuñado, por ejemplo) está fotografiando o tomando un video de la boda de su hermano o de su tío y al fondo aparecen unos atracadores robando en una licorería. Donde quiera que vayas ahora mismo, hay una cámara que te fotografía. En este sentido, lo que yo creo que define hoy al ser, al individuo, es que tenemos dos personalidades: una personalidad anatómica, fisiológica, o como se llame, es decir, la de la huella digital, y otra personalidad que es lo que la gente cree que eres, lo que te esculpen o te modulan las miradas de los demás. Tienes una personalidad orgánica, incorporada, y tienes otra que está hecha de las opiniones de los demás, una personalidad social. Eres lo que la gente cree que eres, pero a la vez tienes que saber que eres un payaso, o un trapezista, o incluso un elefante, o un, no sé, un elemento dentro del circo en el que estamos viviendo. Bueno, esa es la ambivalencia, ¿qué es ser hoy una persona? Pues una persona, tanto occidental como oriental, es alguien que sabe perfectamente que está absolutamente transparente, que allí donde quiera que vaya, si quiere que no sepan lo que está hablando, tiene que ponerse la mano en la boca, porque siempre habrá alguien que por el movimiento de los labios sabe lo que está diciendo. El hecho de que seamos absolutamente ya transparentes, que no sepamos, cuando vamos por la calle, qué cámara nos fotografía, quién nos persigue y quién lo sabe todo de nosotros, hace que a la vez tengamos una sensación de impunidad, el “bueno, ¿y qué?”. Una vez alguien hizo la siguiente prueba: cogió el listín de teléfonos por orden del abecedario, lo abrió, a ciegas señaló un nombre con el dedo y leyó el teléfono de un tal José Rodríguez López, llamó, sonó un teléfono y dijo: “¿Es usted don José Rodríguez López?”, “Sí, sí, diga”, le contestó, “lo sabemos todo, ihuya!”, y huyó. Pues eso es hoy ser una persona, tanto en Oriente como en Occidente.

J.C.- Lo cierto es que todos nosotros venimos de un viaje. Recuerdo unos versos de Ángel González que dicen algo así como “Para que yo me llame Ángel González, para que mi ser pese sobre el suelo...”, donde va dibujando qué ha ocurrido hasta que él llegó a ser ese que se llama así, Ángel González, y no José Rodríguez López, al pobre que han llamado por teléfono... Pero Manuel Vicent, ¿de dónde viene? ¿Qué consecuencia hay en tu manera de ser de la cultura mediterránea, del lugar ese del que provienes?

M.V.- Bueno, yo provengo como todos de un azar y no de una necesidad. De hecho, el volver a nacer de cualquiera de ustedes y de mí mismo, es imposible, matemáticamente es imposible. El hecho de que entre veinte o diez millones de espermatozoides, uno se busque la vida en una ascensión terrible, buscando un óvulo, que lo encuentre, que gane una batalla feroz a millones de competidores, para después venir a este mundo y ser un gilipollas, eso es una cosa que a mí no me cabe en la cabeza. Pero vamos a ver, ¿tú no eres un señor que en un momento dado diste una lección de heroísmo?, ¿cómo ahora eres tan cobarde, tan idiota? Ahora, que eso se vuelva a reproducir es matemáticamente imposible, luego existimos y a la vez no existimos, esa es también la esencia. ¿De dónde vengo? Pues uno es lo que come, por supuesto, si comes cerdo acabas teniendo cara de cerdo, si comes lechuga acabas teniendo cara de lechuga..., eres lo que comes. Eres lo que has visto por primera vez en tu infancia, las primeras palabras

que has oído, las palabras de amor de tu madre. Por eso la lengua materna es algo absolutamente sagrado, pues aunque sea una lengua minoritaria, pequeña, derruida, son esas primeras palabras de amor que has oído de parte de la boca de tu madre, en la lengua de tu madre, las que conforman tu alma, conforman tu alma como los alimentos, lo que has tomado. Hoy, ante esta incertidumbre de qué va a ser de la historia, la gente se agarra al tarro de la mermelada de la abuela, ese es el eje sustancial del alma: el potaje, el potaje que has tomado en tu niñez. Puedes cambiar de dioses, de hecho, puedes ir a Norteamérica, como los italianos que van allí, que se olvidan de la Madonna, del Papa..., pero no se olvidan de la pasta. Los chinos se pueden olvidar de Confucio, del Tao, de Buda, de quien sea, pero no se olvidan de los brotes de soja. Los brotes de soja, la pasta, son el fundamento del espíritu; lo que uno ha comido, las primeras caricias, las primeras palabras, los cinco sentidos corporales, porque los cinco sentidos corporales son vías de conocimiento. De hecho, nosotros tenemos tres cerebros: todavía en la base del cerebro tenemos un cerebro de reptil, de cuando éramos reptiles, porque no hay que olvidar que nosotros fuimos honrosos reptiles. Ese cerebro todavía está activo para inocularnos el sentido del hambre, la sed, el sexo, la reproducción y el territorio. El hecho de que tú al salir de aquí vayas a la izquierda o a la derecha se debe a que está activándose el cerebro del reptil, el hecho de que tú tengas un territorio que consideres tuyo y que cuando alguien entra en él digas “¿tú quién eres?”, “¿usted qué hace aquí?”, se debe también al cerebro reptil, que se pone en alerta. Y el que dice ese territorio tuyo pequeño, dice la patria, es decir, que somos patriotas en cuanto todavía somos reptiles, así son las cosas. Superpuesto a ese cerebro está el cerebro límbico, que es el cerebro de las emociones, del sentimiento. Lo compartimos con los mamíferos superiores; el perro cuando te ve mueve el rabo exactamente como cuando tú, cuando ves a un amigo, te alegras. Este cerebro está activo antes de que llegue el uso de la razón y está alimentado por sentimientos, por el “a quién quieres más, a papá o a mamá”, el infierno y el cielo, el equipo de fútbol del Barcelona o del Madrid...

J.C.- O del Tenerife...

M.V.- O del Tenerife, exactamente. La bandera, los himnos de la patria, la religión... Antes de tomar la primera comunión, por ejemplo, que se supone que se recibe en el momento en el que tienes uso de razón, te tienes ya que saber de memoria el catecismo con todos los dogmas. Quiero decir que ese cerebro, antes de que lo supervise el córtex, la última fase de nuestro cerebro descubierta de momento, que es la inteligencia, está alimentado por toda una serie de motivaciones y de sentimientos que ya no vas a olvidar nunca jamás. En ese cerebro están los perfumes, los sabores, las caricias, etcétera, etcétera. Después viene la inteligencia y, bueno, cada uno hace con ella lo que puede y quiere.

J.C.- Y cuando viene la inteligencia tú te decides por la escritura. En tu escritura hay algunas variantes, está el viaje, está la observación, que, como decía Nicolás, es casi quirúrgica, la fábula, la autobiografía, y está, en definitiva, también el periodismo. El periodismo es una creación de la democracia griega, o de antes, una necesidad de contarle a la gente lo que le sucede a otra gente. En concreto tú, ¿cómo has vivido esa excursión larga y casi casual también por el periodismo?

M.V.- Yo creo que el periodismo es el género literario del siglo XX. Los que en el futuro quieran saber cómo éramos, qué matábamos, qué soñábamos, cuáles eran los nombres de nuestros villanos, de nuestros héroes, etcétera, tendrán que leer el periódico, cuando el periódico ya sea humo de la memoria. Yo creo que el periodismo nació en los muelles de Venecia del siglo XV, donde venían los barcos de Oriente. Al pie de esos barcos había unos tipos con unas libretas llamadas gacetas (que quiere decir ‘cotorrita’, ‘lorito’). Esos gacetilleros interrogaban a los marineros que venían de Oriente y hacían, primero, una relación de las mercancías que traían esos barcos, que eran sedas, telas, especias, etcétera, y también



Juan Cruz, Manuel Vicent y Nicolás Rodríguez en la rosa del Teide.

la peste, porque la peste entró en Europa por una pulga de las ratas que trajeron en la ruta de la seda; segundo, una relación de noticias que traían los marineros del más allá de degollaciones, incendios, tomas de ciudades, nombres de sátrapas, etcétera; y tercero, también una relación de los cuentos y fábulas que habían oído los marineros en los bazares de Bagdad, de Damasco y de Constantinopla. Luego el periodismo fundamentalmente se apoya en un trípode que es: economía (mercancías), noticias políticas y fábulas, cuentos, historias que muchas veces se confundían con la imaginación. Era a la vez tan necesaria una fábula como las especias de la canela y el clavo para adobar el cerdo y pasar todo el invierno sin que se pudriera la carne. Pues bien, si yo fuera profesor de Historia, a mis alumnos no les diría que fueran a un archivo, donde todo es poliillas, expedientes..., porque al fin y al cabo la Historia no es más que ideología; tú de ese baúl de la Historia sacas exactamente lo que estás creyendo que te interesa sacar. Yo les diría que si quisieran saber cómo era el Siglo de Oro, leyeran el teatro de Calderón, de Shakespeare, etcétera; si quisieran saber cómo era el siglo XVIII, les diría que leyeran a los enciclopedistas; si quisiera que supieran cómo era el siglo XIX, que leyeran a Galdós, a Balzac, etcétera; y, una vez leídos el *Ulises* de Joyce, *El Castillo de Kafka* y *En busca del tiempo perdido* de Proust, que leyeran los periódicos, porque en el futuro, cuando esos periódicos sean polvo de la memoria, páginas amarillas, fotos amarillas, y se pudra ese légamo, serán nuestra literatura: así éramos, así matábamos, así soñábamos, así eran nuestros héroes y nuestros villanos; como exactamente leyendo a Balzac, a Galdós o a Dickens, te enteras cómo era el siglo XIX, y no yendo a unos archivos, a desatar unos paquetones de expedientes podridos que están atados con cuerdas de zapatero... ¿He dicho zapatero?

J.C.- Sí...

M.V.- Bueno, quiero decir que eso es el periodismo. Ahora bien, el periodismo de hoy, ¿es información? Nadie de los que estamos aquí ha intervenido para venir a este mundo, estamos aquí por puro azar. Pero tenemos derecho, por estar en este mundo, a saber qué diablos pasa. Es un derecho inalienable saber lo que está pasando. Ese es el derecho a estar informado, a estar bien informado. Lo que sucede es que hoy la información está en contacto con la comunicación, la cual ya está envenenando a la información, y de igual manera, la comunicación está envenenada por el espectáculo, que, a su vez, está pegado al negocio. Esta cadena de esos cuatro aros es la que hoy nos disturba la mente: no sabemos si estamos bien informados, si esto es un espectáculo (la propia información es un espectáculo), si el hecho de estar tan informados, desde la mañana a la noche, es realmente información y no deformación de la realidad, si la realidad no es como un vidrio que se rompe en mil pedazos y cada esquirla es un fragmento de la realidad y que, por lo tanto, no nos sirve... El hecho de que tú mientras te estás afeitando te enteras del nombre de un asesino pero todavía no sepas el asesinato que ha cometido porque tenías prisa, y resulta que has cogido el coche y en el coche a lo mejor te enteras de un asesinato pero todavía no te enteras del nombre del asesino... Es todo muy fragmentario. A lo mejor es todo falso. Ese es el caldo de cultivo en el que navegamos. Que hoy te juzguen las cámaras, que no importe la sentencia, lo que hayas hecho, el crimen que hayas cometido, la corrupción a la que te hayas sometido, pues el mismo hecho de que la cámara te fotografíe entrando en un tribunal ya eso significa la sentencia, es todo un circo. Vivimos en un circo, y el político que no sepa que está viviendo en un circo, y que, rodeado de micrófonos, le están sacando unas declaraciones como al que le sacan una muela, y que en cuanto saque un titular, porque se le va la lengua, y desaparezcan todos los periodistas y todos se vayan a sus redacciones, ese titular que ha soltado sin querer, sin pensar, irá a ocupar mañana todos los titulares... Ese barullo, esa furia, ese ruido y esa historia que, como decía aquel, es una historia de idiotas o una historia de bobos contada por un idiota, eso es también periodismo.

J.C.- Déjame que volvamos al mar un momento. Ustedes los mediterráneos dicen *el mar*, y nosotros los atlánticos *la mar*. El Atlántico en este sentido es más femenino, mientras que ustedes han hecho un mar más masculino. No es exactamente así, pero así es la vida. Lo que quisiera yo saber de ti es ¿qué consecuencias ha tenido para la humanidad el hecho de que esos dos mares, el Mediterráneo y el Atlántico, se hubieran adentrado en una aventura común, que fue la aventura de América? ¿Eso qué le trajo a la humanidad?

M.V.- Bueno, en catalán *la mar* es femenino, y en francés también. De hecho, se dice *la mar* cuando estás dentro de ella trabajando, porque es lo que te alimenta. Un marinero dice *la mar*, es decir, cuando está en la mar. Y cuando estás en la costa mirando la mar, se dice *el mar*. Cuando estás dentro trabajando, es *la mar*. Hay unos hitos que dicen cuándo empezó la historia moderna: cuando Gutenberg inventó, tipo móvil, la imprenta, cuando cayó Constantinopla, o cuando se descubrió América, cuando se tropezó con América. Yo creo que el hecho de que se tropezara con América, con ese continente, cambió la historia de la humanidad. De hecho, esas naves que llegaban a Venecia, que está metida en el corazón de Europa, dejaron de ir a esta ciudad y automáticamente toda Europa abrió las fauces mirando al Atlántico, desde Londres, Ámsterdam, Rotterdam, Bruselas, Lisboa..., en fin, todo mirando hacia allá, porque hacia allá, hacia el Oeste, estaba el porvenir. De hecho, los cinco reinos de España, que están todavía sin soldar, se unieron porque a la reina de Castilla le tocó la primitiva, la primitiva de descubrir América, un emporio, aunque ella era todavía una reina medieval, porque tenía fijada la atención en el oro, que era una riqueza medieval, y Colón la engatusó en ese sentido, diciéndole “va usted a tener mucho oro y a bautizar muchos infieles”. Bautizar y oro. Su marido, sin embargo, estaba en el Mediterráneo y ya era renacentista. Entre otras cosas, pasado el tiempo, el descubrimiento del continente ha hecho que hoy, por ejemplo, el sol salga por América, es decir, antes todas las noticias y, por ejemplo, las bolsas de comercio, empezaban por Venecia, venían de Oriente. El sol empezaba a salir por Europa, por Venecia. Hoy el sol sale por Washington y nosotros somos el Occidente, no el Oriente, porque el sol da la vuelta al revés. De hecho, el índice Nikkei sale aquí de madrugada como una estrella, pero el sol ha salido a las cinco de la tarde en Wall Street, ahí sale el sol, en el Dow Jones. Ese es el sol, Dow Jones, que da la vuelta y va digamos que embarazando a todas las bolsas alrededor del mundo. Bueno, pues una de las consecuencias que el descubrimiento de América ha tenido es que el sol ha cambiado de ruta.

J.C.- Y unas consecuencias culturales impresionantes. Ahora nosotros nos cultivamos en el idioma inglés para poder navegar.

M.V.- Lo que sucede es que como el español o el castellano (a mí me gusta más decir castellano, porque español es como decir que el catalán no es español, el vasco o eusquera no es español, el gallego no es español; el concepto de idioma español es una sinécdoque maldita que ha pasado en España, y que es la sinécdoque de confundir el castellano con el español, Castilla con España, y arrastramos esa cosa terrible, pero así es) lo hablan cuatrocientos millones, parece que no lo necesitas. Es decir, una persona de Holanda sabe que necesita saber tres idiomas, porque el holandés solamente lo hablan en su casa, pero aquí decimos “bueno, siempre encontraremos un canario, donde quiera que vayas siempre hay un canario, o un gallego”. Ahora bien, como los países latinos, de América latina, son emergentes económicamente, los ejecutivos anglosajones ya aprenden castellano, porque hay negocio, pero a la hora de firmar el contrato siempre se hace en inglés. Eso es lo que hay que saber, que el castellano no será una lengua poderosa hasta que ese contrato no se firme en castellano. Por desgracia, cuando vas por ahí, estás en una habitación de hotel y oyes por el pasillo hablar castellano, siempre es alguien que está tirando de un carro.

J.C.- Lo que también es una alegría enorme...

M.V.- Sí, es una alegría enorme, lo abrazo como un hermano, pero es que está limpiando la moqueta. Yo quisiera que esa voz en castellano fuera la de un ejecutivo que está trincando a un inglés.

J.C.- En fin, ahora ya para terminar, déjame que te haga dos preguntas más. Una es: ¿qué consecuencias reales, culturales y anímicas, tiene ahora la preeminencia de América con respecto a Europa? ¿Cómo es Europa, como un continente...?

M.V.- Como un balneario... Como decía un amigo americano, "pero ¿tú qué haces ahí, en ese pinche balneario en el que no pasa nada?". Pues eso es Europa comparada con la cosa emergente que es América, donde se está inventando el idioma, porque, claro, el idioma siempre es fronterizo; donde se tira del idioma es, por ejemplo, en los patios de las cárceles, porque el idioma siempre tiene un carácter defensivo: tú hablas para que tus enemigos no te entiendan, y en las cárceles, cuando dices *pipa* a la *pistola*, lo dices para que el celador no sepa que quieres decir *pistola*, pero en cuanto el celador ya sabe que la *pipa* es la *pistola* ya tienes que inventar otra cosa. Entonces, el idioma siempre nace en las fronteras marginales y nace de los cambios marginales por donde se necesitan. Por eso nos extrañamos tanto cuando un indito habla con palabras del Siglo de Oro, que nos admiramos, y es porque ese indito no ha evolucionado, se ha quedado absolutamente encapsulado en aquella cultura y está exactamente con ese silencio precolombino de cuando llegó allí Colón. Sin embargo, si tú vas a un barrio de Bogotá o vas a un barrio de México, ahí se está fabricando el idioma. Después vienen unos señores, los académicos, que son los que pegan la mariposa en la pared, pero eso no tiene absolutamente nada que ver con la verdad del idioma.

J.C.- Elegí varias frases tuyas, pero quizá esta primera que copié sea la que me gustaría sirviera como última reflexión, acerca de la felicidad, de la felicidad humana, física y también espiritual, que podemos alcanzar a lo mejor algún día o en algún instante, como decía tu amigo Leonardo Sciasa. Te voy a proponer un juego que tú mismo le propones al lector: "Elige de tu pasado un instante feliz, quémalo en tus párpados con la luz del mediodía, y si con ella logras tallarlo como un diamante, entonces ya serás inmortal". ¿Cuál es ese momento que tú elegirías?

M.V.- No tengo ni idea. Si yo pienso, por ejemplo, qué me pasó a mí en el otoño del año ochenta y siete, no me acordaré de nada de la felicidad. La felicidad..., bueno, primero que la palabra es ridícula; hablar de felicidad da como una especie de vergüenza. Lo que sucede es que hay que buscar un momento en el que has sido feliz y apoyar ahí siempre la palanca. De ahí la importancia de haber sido feliz de niño, esa cosa tan maravillosa que dice Albert Camus: "El sol que reinó sobre mi infancia me privó de todo resentimiento". Eso es apoyar la palanca sobre un punto de felicidad para saltar, es decir, siempre volver, pues como decían aquellos famosos versos de Wordsworth: "Aunque mis ojos ya no puedan ver ese puro destello, que en mi juventud me deslumbraba; aunque ya nada pueda devolver la hora del esplendor en la yerba de la gloria en las flores, no hay que afligirse, porque la belleza siempre subsiste en el recuerdo."

J.C.- Sí, "Esplendor en la yerba"...

M.V.- Pues eso, apoyar la palanca en un momento en el que hayas sido feliz, pero la felicidad barata y al alcance de las manos, la felicidad cara no es felicidad.

J.C.- "El sol que reinó sobre mi infancia me privó de todo resentimiento"... Muchas gracias, Manuel Vicent. Introducción: la imprevista peninsular